

DIRECCION MORAL PARA LOS MAESTROS

POR

TH. H. BARRAU.

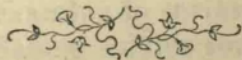
Obra premiada por la Academia francesa y autorizada por el Consejo de Instrucción pública.

TRADUCIDA DEL FRANCÉS, DE LA SEXTA EDICION, Y AGOMODADA Á LA LEGISLACION ESPAÑOLA SOBRE PRIMERA ENSEÑANZA,

POR

D. CÁRLOS YEVES,

Caballero de la Real orden americana de Isabel la Católica, Inspector provincial de primera enseñanza que ha sido de Cuenca y Búrgos y actual Director de la Escuela Normal superior de Tarragona.



BARCELONA.

LIBRERÍA DE JUAN BASTINOS É HIJO, EDITORES,

1864.

PARTE PRIMERA.

EL MAESTRO.

CAPÍTULO PRIMERO.

VOCACION.

Quereis , Anatolio , ser maestro. Yo aplaudo semejante decision , que puede ser adoptada por muchos jóvenes , pero que sólo en un buen corazon puede arraigarse. Debo, no obstante , aconsejaros, que no os apresureis para poner en ejecucion semejante pensamiento ; sino que reflexioneis atentamente sobre él , respondiendo á estas primeras preguntas que os dirijo :

Habeis examinado seriamente la profesion que quereis abrazar ? Sabeis cuáles son sus dificultades , sus obligaciones , sus peligros ? Teneis una justa idea de los sacrificios que impone ? En una palabra , ¿ la conoceis ?

Y si la conoceis , ¿ habeis penetrado en el fondo de vuestro mismo corazon ? Habeis examinado si se conforman vuestras inclinaciones con los deberes á que esta profesion ha de obligaros ? Os sentís capaz de adquirir los conocimientos y de practicar las virtudes que ella exige ? En una palabra , teneis verdadera vocacion ?

Y cuidado : no confundais una seria vocacion con un

vano deseo , por ardiente que este pueda ser. Si las ventajas propias del magisterio , como el ejercicio de un trabajo ménos penoso que aquel á que se dedica vuestra familia , ó la consideracion de los favores y de los derechos cuyo goce lleva consigo , es lo que principalmente os ha determinado á elegirla , temo mucho que os arrepintais un dia , y temo sobre todo que vuestro error sea aún mas funesto para otros que para vos mismo.

Porque no sois el único interesado en la determinacion que vais á tomar ; sino que ha de ser ésta , para un gran número de familias , un manantial de bienes ó de males.

No sucede lo mismo cuando se trata de las demás carreras.

Si os haceis labrador , artesano , militar , sin tener las cualidades necesarias para vuestra profesion , será sin duda una desgracia , pero desgracia que sólo vos y vuestra familia sufriréis. Porque el labrador negligente , el artesano inhábil , el militar indisciplinado , reciben por las circunstancias ó por los hombres lecciones rudas y frecuentes , que contribuyen á corregirlos ; y si no se corrigen , las desgracias que infaliblemente les sobrevienen son para los otros una enseñanza útil. De este modo , sus faltas no son perjudiciales más que á ellos mismos , y la instruccion que resulta de estas mismas faltas aprovecha á todo el mundo.

No se puede decir otro tanto del maestro : es imposible que sea malo , ó mediano sólo , sin que comprometa la educacion de los niños que se le confian. Si , á fin de castigarle por haber cumplido mal los deberes de su profesion , se le priva de ejercerla , el daño que haya causado en virtud de su negligencia ó de sus malos ejemplos , no por ello dejará de subsistir. Los niños habrán perdido años preciosos , cuya pérdida no tiene compensacion ; ó bien ; lo que es mayor desgracia todavia , habrán recibido en una edad tierna fatales impresiones , impresiones que luego acaso será imposible borrar.

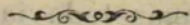
Habeis, pues, Anatolio, de sondear con una especie de miedo vuestras disposiciones ántes de consagraros á un cargo formidable, de que Dios y los hombres os han de pedir una severa cuenta.

Este cargo exige cualidades bastante raras, y, por decirlo así, dones particulares del cielo; no sólo bajo el aspecto de la capacidad intelectual, pues una inteligencia mediana y una memoria comun son suficientes para adquirir todos los conocimientos necesarios al maestro más hábil, sino bajo el concepto de las disposiciones morales.

La existencia del maestro no se parece á la de los otros hombres. Debe mezclarse con la multitud, y vivir como en la soledad. Su profesion, sin tener la santidad del sacerdocio, debe reproducir su austeridad. Los hombres más indulgentes son para el maestro de una severidad inflexible. La participacion de éste en la mayor parte de placeres que ellos se permiten le parece vituperable. Mil distracciones, permitidas á todos, no lo son al maestro. Para él, en fin, es la ley exigente, y la opinion pública más exigente todavía que la ley.

Esta verdad se verá desarrollada en el curso de la presente obra.

Anatolio! si todas estas obligaciones os parecen dulces; si á todos los vanos goces preferís el noble placer de reinar sobre los corazones por la instruccion y por los beneficios; si encontráis en la dicha de una conciencia satisfecha la indemnizacion de todo aquello que os prohíbe Dios y por el mundo se os rehusa; si os sentís animado de un santo fervor por esa vida inocente, que se pasa entera en dispensar el bien, no vacileis más: es sincera vuestra vocacion, seguro vuestro buen éxito.



CAPITULO II.

PREPARACION.

Para llenar funciones tan espinosas como las del magisterio, no basta la vocacion: es preciso que se prepare el aspirante por medio de estudios especiales. La preparacion es una segunda vocacion, y aún muchas veces la pone de manifiesto en aquellas almas que tienen encubierto en su seno el gérmen de ésta.

Cosa, sin embargo, que parece no ser comprendida por la mayor parte de jóvenes que se dedican á la primera enseñanza. Reconocen que es indispensable para todos los oficios una especie de noviciado; que un obrero, por ejemplo, no sabria trabajar en hierro ó en madera, sin un aprendizaje largo y penoso; mas se les figura tan fácil el arte de cultivar las jóvenes inteligencias, que creen posible ejercerle, y ventajosamente, sin necesidad de haberle aprendido. Un joven, lleno de orgullo porque ha obtenido su título, se lanza á una escuela donde todo es nuevo para él, y se cree capaz de dirigirla obteniendo buenos resultados: estudiante ayer, maestro hoy. Mas ¿qué prueba el título concedido á sus esfuerzos? Qué ha tenido acierto como discípulo. ¿Continuará teniéndole como maestro? ¿No va á alistarse en una nueva carrera, diversa en todo de la antigua, y espinosa bajo aspecto muy distinto?

Sabe perfectamente, quiero creerlo así, cuánto debe enseñar, y aún sabe más todavia. ¿Puede inferirse de esto que es capaz de instruir? Sin duda que no. No es el maestro más capaz quien posee más conocimientos, sino

el que mejor sabe transmitir á los niños aquellos que necesitan.

El mismo talento de enseñar, que sería suficiente para un preceptor encargado de un solo niño, no es la más importante de las cualidades que se exigen á un maestro público. Este mismo talento le sería casi inútil, si no añadiera á él uno más raro todavía, el de educar á los niños; es decir, el de dominar su voluntad y dirigirla al bien.

Maestros hay dotados de distinguida comprensión, á quienes engañan los discípulos más vulgares; se ven hombres de valor á prueba; antiguos militares, que ensayan inútilmente toda especie de medios para disciplinar la caprichosa ligereza de los niños, y maestros de conocimientos, puestos en irrisión por la indócil ignorancia que se rie de sus esfuerzos. Y es que nada hay suficiente para suplir el talento de guiar la infancia, talento cuyo gérmen es debido á la naturaleza, pero que no puede ser desarrollado sino por la experiencia y la meditación.

No ha de creerse que esta preparacion tan necesaria sea muy difícil: las funciones de maestro de primera enseñanza exigen de quien ha de ejercerlas facultades preciosas, pero sencillas, que la divina Providencia ha puesto á disposicion de los que en adquirirlas trabajen seriamente.

Sin embargo, las dificultades de esta profesion han aumentado de algunos años á esta parte, haciéndose por consecuencia más necesaria que nunca una formal preparacion.

Hace aún poco tiempo, no se concedía á los maestros toda la consideracion que les es debida. Y ahora, por un exceso no ménos vituperable, hay algunas personas que los lisonjean; y otras que tratan de extraviarlos inspirándoles una idea exagerada de su importancia.

Vos sabréis, Anatolio, manteneros en un justo medio entre estos dos extremos. Así como no aceptaréis la con-

dicion ínfima á que quiere relegaros una preocupacion que desaparece de dia en dia , rechazaréis el grosero incienso con que se trate de embriagaros. Procuraréis ser un buen maestro de escuela : léjos de avergonzaros por esta humilde denominacion , os tendreis por dichoso en merecerla ; mostrándoos siempre razonable y modesto.

Pero el orgullo inspirado á algunos de vuestros compañeros ha producido amargos frutos , existiendo contra ellos prevenciones , á causa de las cuales tendreis tal vez que sufrir algo. Se aprovecha con gusto cuantas ocasiones se ofrecen á propósito para humillar á los soberbios ; existe desconfianza respecto á cuantos abrigan pretensiones ; se consideran como crímenes sus mas ligeras faltas. Por extraño que seais á las causas que han producido esta irritacion general , necesitaréis habilidad y cuidado para ponerlos al abrigo de ella.

No creais tampoco encontrar en los niños la respetuosa docilidad que tan fácil hacia en otro tiempo sostener la disciplina en las escuelas ; pues ha llegado hasta ellos el contagio de ese espíritu general de independenciancia , que reina hoy dia entre nosotros , volviéndolos ménos sensibles á los buenos tratamientos , ménos susceptibles de temor , ménos bien educados en el seno de las familias.

Manifiéstase en éstas un espíritu de exigencia y aún de malestar que no existia otras veces. Se ha hecho más irritante el amor propio y la vanidad más envidiosa.

Se trata de excusar las faltas de los niños : se da oido á sus injustas quejas ; se toma su partido contra una severidad que debiera secundarse y bendecirse.

Desde que el principio de eleccion se ha generalizado y fortalecido , se figura cada elector municipal que tiene una especie de derecho sobre la escuela y sobre quien la dirige. El maestro se halla obligado á considerar una porcion de cosas y atender á multitud de intereses : es preciso que haga resistencia á cuantas tentativas se pongan en juego para dominarle , sabiendo conservar , á pe-